

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 97 - Junio de 2018 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



Tratado fallido sobre la ensalada del guaro

por ERREMORA

Ilustración: Sr. Ok

Cuando se es un insignificante alumno de colegio público que vive en un barrio popular del norte, y la mesada que le da su padre no alcanza para la cerveza porque debe pagar cuatro pasajes diarios para ir al colegio bien al sur y luego volver a casa, uno debe buscar salidas para aliviar la sed recurrente de su garganta de roquero. Durante el segundo semestre del 84, trabajé los fines de semana, junto con un amigo del barrio, en la cocina de una enorme discoteca en decadencia, y decadente, de la ciudad de Medellín.

No hablaré de esos personajes anónimos del mundo malandro de Medellín que pasaban por allí, ni de esos lazos gruesos de oro que colgaban de sus cuellos y les llegaban hasta la mitad del pecho que una camisa con la botonera abierta dejaba ver. No hablaré del hombre guajiro que una noche llevó a toda la familia y se cruzó de brazos en la cabecera de la mesa, se limitó a mirar, nunca habló mientras sus casi veinte invitados vaciaban botellas de ron, fumaban Marlboros y se lanzaban a bailar alegres y gritones.

No hablaré de las parejas que se refugiaban en la oscuridad de las mesas de la sección de reservados, ni hablaré de las historias que llegaban a la cocina en boca de un mesero excitado, narrador de las hazañas de un afortunado que le chupaba las tetas a su novia en la

mesa veintisiete. Luis, mi compañero de labores, tiraba su cuchillo dentro de la poceta y salía corriendo al salón porque quería ver aquellas tetas deliciosas.

No hablaré de todo el VAT 69 camuflado en Coca-Cola que tomaba gratis después de terminadas mis labores, sentado en el rincón más alejado y oscuro de la barra. Tampoco diré nada del aroma del líquido con el que el hombre del aseo trapeaba unas horas antes de que la discoteca abriera puertas. No, no hablaré de ello, ni del mundo extraño que mis ojos de roquero del Aburrá norte veían bailar al ritmo de Pastor López, Rodolfo Aicardi o el Binomio de Oro, bajo las luces de una pista atestada de parejas. No diré palabra alguna sobre el olor dulzón que despedía el líquido de la máquina de humo, ni de las figuras que flotaban entre los rayos de luz estroboscópica y mucho menos hablaré de las muecas de felicidad que veía en aquellas caras. La pista siempre ardía en su furor. Yo, mientras tanto, intentaba escribir canciones sobre la guerra nuclear en el papel abierto de una cajetilla de cigarrillos Derby, que mis dedos habían desbaratado con paciencia. Tampoco hablaré de ese asunto. Hablaré, sí, de las cientos de ensaladas para el guaro que preparaba antes de ganarme

los vasos de VAT 69 completamente gratis que me servía un barman generoso.

Cada viernes, a eso de las cuatro y treinta de la tarde, el administrador de la discoteca, Luis y yo, llegábamos en un taxi al mercado de la calle Tejelo. El mercado estaba al aire libre, el vocerío de la gente se levantaba al cielo y casi apagaba el rugir de los motores de los buses que bajaban por la Avenida de Greiff. El administrador bajaba del taxi, abría su manicartera, sacaba una cajetilla y encendía un Marlboro. Luego empezaba a caminar entre los montículos de frutas y verduras que los vendedores ofrecían con sus gritos. Luis y yo caminábamos tras él y el humo de su cigarrillo a veces se metía en mis ojos. El tipo señalaba las naranjas, los mangos, las piñas y los cocos que debíamos meter a un costal de cabuya. Pagaba con billetes que sacaba de la manicartera, botaba al piso la colilla y regresábamos al taxi que nos esperaba fuera de la calle.

Sí, naranjas, mangos, piñas y cocos. No era muy sofisticada la ensalada que preparábamos. Al fin y al cabo, era solo para maridar aguardiente y ron de tres pesos. Era aquella una ensalada rudimentaria, tosca y clásica, para la cual se debían seleccionar las frutas con el ojo de un experto. Una ensalada sin mucha valoración en el mundo *gourmet*, pero sin la cual nadie sería capaz de afrontar una bebetea de grandes proporciones.

Si ustedes visualizan un cuenco de la ensalada en cuestión, verán en

sus mentes una especie de naturaleza muerta en forma de flor, compuesta por cuatro cascos de naranja dispuestos en cruz, cuatro triángulos de piña, varias julianas de mango alrededor y cubitos de coco dispuestos en el centro. La imagen puede resultar de lo más frugal e inofensiva. Sin embargo, picar un bulto de naranjas en cascos tiene sus riesgos. Las largas exposiciones al ácido cítrico despedazan la piel de las manos. Para un ciudadano, partir un coco y separar su carne de la cáscara puede convertirse en una gran tragedia moral y física. Puede uno cercenarse un dedo, apuñalarse la palma de la mano o desbaratar la fruta por completo. Sin contar los esfuerzos que se deben hacer para no comerse demasiados pedacitos una vez el coco esté picado. La piña es una asesina despiadada. Una vez cortada en triángulos más o menos simétricos, estos se deben sacar de un recipiente para ser emplatados. La operación, a simple vista, parece sencilla, pero su complejidad es casi extrema. De tanto meter la mano en el recipiente repleto de triángulos de piña, diminutos trozos se incrustan en los intersticios de las uñas y producen heridas dolorosas y sangrantes. Los enormes uñeros atacan sin piedad en el pulgar, en el índice y en el dedo medio. Los ácidos de la piña y de la naranja se entremezclan y atormentan las heridas con un ardor insostenible. El mango hace lo suyo, pero su mayor peligro es el cuchillo que lo corta.

Después de la media noche se acababa la fruta. Lavábamos los cuchillos, las tablas de picar, los cuencos de cristal barato y nos íbamos a la barra. El VAT 69 aliviaba un poco el dolor de las heridas y combinaba bien con nicotina.

No teníamos un salario asignado. Nuestra paga consistía en las propinas que los meseros nos dejaban al final de la noche por mantener los cuencos llenos de fruta picada y algún billete arrugado y de baja denominación que el administrador completamente borracho nos soltaba antes de apagar las luces o mientras el cajero cerraba los candados de la puerta. Así transcurría la noche del viernes. El sábado era una historia semejante, la lucha contra la piña, la naranja, el mango y el coco. ©




El acto más valiente sigue siendo pensar por ti misma. En voz alta.

Coco Chanel

La diferencia está en que nos ponemos las gafas violeta

www.mujiresconfiar.com

confiar COOPERATIVA FINANCIERA




UNIVERSIDAD EAFIT

Tu posgrado está en EAFIT

Inscripciones abiertas para 2018-2

» Doctorado en Humanidades «
SNIES 101312. Res. 9593 del 25 de octubre de 2011. Vigencia 7 años. Dur. 7 semestres

» Maestría en Música «
SNIES 53159. Res. 3917 del 20 de marzo de 2014. Vigencia 7 años. Dur. 4 semestres

» Maestría en Estudios Humanísticos «
SNIES 53502. Res. 6174 del 5 de mayo de 2014. Vigencia 7 años. Dur. 4 semestres

¡Te esperamos!

Conoce estos y otros posgrados en www.eafit.edu.co/posgrados

Teléfono: (+57) (4) 4489500 Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900
E-mail: posgrados@eafit.edu.co

Acreditación Institucional Renovación 2018-2026 Resolución MEN 2108 de 2018
¡Testimonio de confianza!

Inspira Crea Transforma

f @universidadeafit | @EAFIT | Vigilada Mineducación

La vida erótica de los filósofos

por ROBERTO PALACIO

Es común suponer que ese algo irreverente y amorfo llamado “progreso” demanda que las nuevas generaciones sean menos morrongas que sus predecesoras en materia sexual. La historia de la filosofía y el sexo, hay que decirlo, arranca con el pie derecho. A los antiguos filósofos griegos no se les hubiera ocurrido la pacatería cristiana de disociar el placer sexual y el saber, que solían aflorar en los mismos momentos e incitados por los mismos objetos. En un diálogo llamado *El Critias*, Platón pinta a Sócrates en medio de los argumentos desarrollando una erección al observar a través de un pliegue lo que el más bello de los atenienses llevaba entre la túnica. El filósofo y mendigo Diógenes el Cínico, por los mismos tiempos, llevó a cabo una demostración que Pierre Bayle veinte siglos después, con toda la lógica de la escuela de Port Royal no pudo refutar: la mejor manera de liberarse del poder del sexo era practicándolo, motivo por el cual Diógenes solía hacer en el ágora lo que nosotros en la ducha; sacarse el miembro para librarse de los efectos incandescentes del semen. Alguna vez afirmó que ojalá se calmara el hambre frotando la barriga como se calma el deseo frotando el pene, poniendo de manifiesto un tema que llegaría hasta Freud: la compleja relación que hay entre el apetito sexual y el objeto del deseo.

Pero la estupidez humana se resiste a leyes históricas y el progreso a menudo se comporta más como la alarma de un auto, histérica, regresiva, disparando en todas las direcciones, que como una flecha ascendente de reporte trimestral. El caso más patente es el de Agustín de Hipona. Reflexionando siete siglos después de Platón, sintió repudio por la ligereza con la que sus predecesores hablaron de sexo. Fue conocido en la Edad Media por encarnar la experiencia íntima del pecador. A los 26 años se convirtió a la fe católica. Como tantos otros filósofos, su inmersión en la filosofía marcó el fin de la capacidad de mantener relaciones de pareja normales y conducentes.

En medio de los trinos de una revelación racional, comprende que de la caída del hombre deviene toda su lujuria, instaurada en su historia desde el pecado original. ¡Maldito momento accidental!, la tentación, la aceptación por parte de Adán que en su condición de debilidad humana saborea la manzana de Eva! Los sueños mojados, los deseos incontrolables, las imágenes sexuales que se nos cruzan sin quererlo son para Agustín como el traslucirse de esta caída en nuestras vidas.

En la *Ciudad de Dios* sostuvo la ridícula concepción —inspirada según el filósofo colombiano Pablo Arango por actores que había visto en burdeles capaces de cantar por el ano— de que el precio que pagamos por la caída es que no estamos en control de nuestros órganos sexuales. No podemos tener una erección a voluntad, y de la misma manera esta se nos presenta cuando no la deseamos, exponiéndonos a la vergüenza. En el estado de gracia del paraíso, la mente era la que estaba en control y el hombre podía comandar una erección. Así, podía sostener relaciones que no fueran incitadas por el ciego deseo. Adán no sufría de lo que hoy llamaríamos *disfunción eréctil*. Ciertamente podía levantar su miembro como nosotros levantamos un brazo (*Confesiones*, libro 14, cap. 16) y en ese orden de ideas,

sus erecciones no fueron incitadas por la vista de Eva desnuda ni por su olor (libro 14, cap. 10).

A diferencia de lo que se pudiera pensar, con el advenimiento de la Ilustración, el sexo no volvió a recuperar del todo su lugar respetado dentro de la filosofía. Kant por ejemplo, ese pequeño erudito que el escritor inglés del siglo XIX Thomas de Quincey llamara una “momia académica llena de pecados”, fue incluso más radical en su repudio del sexo que Agustín. Se inventó una frase para lograr que jamás se nos pare. Dice: “Cada vez que estés frente a una mujer, recuerda que fue una mujer la que te trajo al mundo”. Es decir: cuando ella esté ahí, sobre tu cama, jadeante, capturada solo por la luz, vistiendo apenas un poco de Chanel, en ese preciso momento... piensa en tu madre. Mírala a ella con el rostro de la vieja. No asombra que siguiendo esta “técnica”, en su lecho de muerte Kant confesara no haber tirado jamás, ni haberse masturbado ni haberse visto la pija. Bueno, las dos últimas categorías las añadió, aunque no es desatinado pensar que los rígidos preceptos morales del imperativo categórico recomendaran, como el *Manual de Urbanidad de Carreño*, no mirarse desnudo nunca. De hecho conjeturó que la masturbación era peor que el suicidio: cuando nos quitamos la vida cometemos una falta, que pagamos con la vida; al masturbarnos cometemos la falta y salimos gratificados. En sus diatribas contra el sexo se alcanza a percibir un atisbo del tono del que se burla de una moda con amigos que son cómplices. En ningún otro lugar de su obra hay esa explicitud, esa licencia nacida de la convicción de que criticaba algo desdeñable, pasajero. He acá algo de lo que dice en su conferencia “Acercas de los deberes para con el cuerpo relativos a la inclinación sexual”:

“...cuando una persona se deja utilizar por mor de algún interés como objeto para satisfacer la inclinación sexual de otra, dispone de sí mismo como una cosa, hace de sí mismo una cosa mediante la que otro sacia su apetito, de igual modo que sacia el hambre con un cochinito asado”.

Valga decir que no todos los ilustrados vieron en el sexo algo tan prosaico como la deglución de un porcino. Voltaire lo concibió como una plataforma para lanzar los dardos emponzoñados de una forma de crítica que no tiene nombre; aquella de insistir que no somos ángeles caídos, que el mundo no es el mejor de los mundos posibles, que la revelación jesuítica era nada más que una forma de locura. Cuando se consulta su *Enciclopedia Filosófica* bajo la entrada “ignorancia”, se verá que allí Voltaire señala una de las piedras angulares de esa invectiva: las grandes obras de la humanidad no han sido erigidas por dioses, por ángeles o siquiera por buenas intenciones. Han sido monumentos a dos cloacas, el *anus* y el *cumulus*. Adriano erigió muros que se perdían en la distancia a la primera de esas cloacas; Troya fue destruida por la segunda.

Íñigo de Vizcaya, o Ignacio de Loyola, cuya vida retrata Voltaire en toda la crudeza de su locura, simplemente tuvo una revelación según la cual si no podía dejar en la mente de sus seguidores el honor que se debía a su culo, debía al menos implantar en su imaginación el respeto que se debía a su santidad. Así, bajo los vapores fugitivos del deseo sexual, fundó la Compañía de Jesús, que cuenta actualmente con dos espasiosas universidades en Bogotá y Medellín.



Lino sostiene un papiro ante su alumno. Año 440-435 a. C. Atribuido al Pintor de Eretria. Museo del Louvre.

El siglo XIX le da aún otro giro a la tuerca con su rechazo explícito a los valores del siglo XVIII. Tómese a Marx. Marx vivió el sexo como un hombre de su tiempo. El sexo era entonces parte de una categoría social que solo se mencionaba en los espacios del desenfreno. Es comprensible cómo H.G. Wells llegara a conjeturar en el siglo XIX que la humanidad terminaría dividida ya no en clases sino en dos grandes hordas, una que vivía en el subsuelo y otra en la superficie. La Europa decimonónica parecía señalar en la dirección de esa profecía. El sexo era propio del subsuelo; para los habitantes de la superficie era el sistema del matrimonio, del tedio. La vida marital era parte de una sociedad benéfica que hacía progresar.

La profanidad del sexo descarnado debía vivirse en los callejones de Londres, en las tabernas en donde se desintegraban las inhibiciones. O en la intimidad de la habitación. Marx, y este dato ha sido elusivo, señalado por algunos y negado por otros, logró dejar preñada a la nana de sus hijos viviendo en un apartamento de cuarenta metros cuadrados. Ya lo dicen los luchadores de su causa: el marxista debe moverse en la sociedad como un pez en el agua. Para preservar el matrimonio, aterrado de lo que el melodrama victoriano pudiera imprimirle a la figura del más puro de los comunistas, se dice que Engels, quien yo pensaba había asistido a Marx solo en sus ediciones y con préstamos irrecuperables, asumió la paternidad del niño sin las pruebas de una *reality*. No había problema, Frederick Demuth —nombre dado al niño adoptando el apellido de su madre— fue dado a un orfanato para proletarios en donde aprendió el uso de herramientas, siguiendo la tradición de Rousseau según la cual los hijos debían donarse a las instituciones que uno alabara en sus escritos. Rousseau cumplió lo propio como un augurio ya que tuvo cinco hijos con su criada Thérèse Levasseur, los mismos que terminaron en el hospicio de



La vida erótica de los filósofos
Roberto Palacio F.
Libros Malpensante
2018

acariciaron y juraron amor contra su voluntad en la cárcel de Reading.

Pero lo que alguna vez dijera G. K. Chesterton respecto al liberalismo, que era indudablemente real aunque los liberales fueran un mito, pareciera augurio con los marxistas. Si bien Marx puso el ojo, y otros órganos en la praxis, los marxistas fueron tan disgregados, intonsos y necesitados de aumentar un sistema, que lanzaron al mundo algunas de las estupideces más férreas que no se habían visto desde Agustín de Hipona.

El filósofo marxista Wilhelm Reich, queriendo darle al marxismo un piso más sólido y por cierto más húmedo que la economía, intentó relacionarlo con el sexo. Nuestras desgracias, la enfermedad, la homosexualidad (Reich la incluye como una suerte de degeneración) eran producto del orden corrupto y corruptor del capitalismo. El problema es que el sistema, como un pulgón en la almohada, nos priva de nuestra esencial energía sexual u “orgón”, como la llamó. No se trataba de una metáfora; Reich creía que el orgón era tan real que expedía una coloración azul y de hecho le presentó la idea a Einstein para que lo estudiara como una fuerza de la naturaleza. Einstein dijo que no tenía ni culo de idea de qué hablaba Reich, y que por cierto con la gravedad ya tenía. Pero claro, si uno se masturba en la oscuridad podrá ver un aura de añil que sale de la mano y el miembro, solo que nunca lo observamos por estar distraídos masturbándonos. A pesar del absurdo, Reich no abandonó su rara metafísica. Como en la película de Woody Allen, *Sleeper*, construyó casetas para que la gente recargara su orgón. Quién sabe de dónde diablos sacaba la dicha energía renovable (¿alguien muy deseoso al otro lado de la línea? ¿El mismo

Reich masturbándose?). El caso es que era una panacea que se proyectaba al futuro. En el paraíso comunista, los camaradas Adán y Eva no tendrían problema para que el martillito del asalariado transformara materialmente la hoz de la asalariada. Serían puros, impolutos y sexuales, tal como se imaginaba dieciséis siglos antes Agustín el Jardín del Edén.

En tiempos más recientes... ¿qué decir? La filosofía, al igual que en la Ilustración, cuando ya era lícito hablar de sexo, simplemente no lo ha hecho. O no lo suficiente. Algunas incursiones valientes han alejado su mirada ahora sobreespecializada de los problemas técnicos para volver a centrarla en los temas vitales. Foucault, con el método genealógico de Nietzsche revivió el tema para la contemporaneidad. Mi mirada favorita desde los sesenta, sin embargo es una menos conocida: la de Thomas Nagel que se dio a la tarea de examinar qué diablos era lo que se entendía por perversión sexual, un concepto endiablamente difícil de definir y que no se había tocado desde Tomás de Aquino, quien había definido la perversión como todo acto que no fuese conducente a la reproducción. Si bien el concepto aún pervive en Colombia mantenido vivo por el uribismo, con el advenimiento de las naranjas de Monsanto pareció perder toda vitalidad a precio de tener que declarar que sus semillas estériles eran perversas.

Trazar líneas imaginarias será siempre una de las tareas de los filósofos, y cerrar círculos y torcer pensamientos como vigas y acostar alguna verdad para interrogarla. Tiesos y arresados tienen mucho que decirnos sobre método, imaginación y rigor. *La vida erótica de los filósofos* como lectura estimulante. ☺





Ximena Escobar
Gente que baila en salón
 Fielto cortado a mano sobre papel
 28 x 21.7cm
 2017

Los poetas suelen cuidar sus manuscritos con más esmero que a sus amigos. La pequeña iluminación escrita en los papeles más deleznable es su gran tesoro. Pero hay poetas desjuiciados, riegan sus versos, los abandonan sin despreciarlos, los olvidan con sus pastillas para la cordura. Raúl Gómez Jattin pertenece a este tipo de escritores. Les presentamos la historia de unas páginas rescatadas y una selección con algunos poemas inéditos.

Perder los papeles

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Fotografía: Juan Fernando Ospina



Mural en Cereté, 2016.

En marzo de 1988 caminaba por una calle del barrio La Candelaria en Bogotá en compañía de algunos amigos poetas, de pronto, atisé a unos cuarenta metros delante de nosotros, la grande y sólida figura de Raúl Gómez Jattin que avanzaba en sentido contrario al nuestro. Para mí fue una sorpresa, pues lo había conocido apenas unos meses atrás, en diciembre de 1987, en Barranquilla, con ocasión de un recital que él había ido a ofrecer al teatro Amira de la Rosa de esa ciudad. De allí partió para Cereté o Cartagena, no recuerdo bien, ya que residía en uno de estos dos lugares. Así que lejos estaba yo de pensar que pudiera hallarse entonces en Bogotá.

Pero era él, sin duda. Lo era con tanta certeza que los jóvenes poetas que me acompañaban, bogotanos, se alarmaron, empezaron a expresar el temor o la incomodidad que les producía el encuentro inminente con el poeta cartagenero, arguyendo que, debido a su locura, este era “pesado” o “peligroso” o “intimidante”, o todo eso a la vez, razón por la cual cada uno tomó la vía lateral que más se prestaba para su escape. Les manifesté mi gran extrañeza por esa actitud y les dije que yo, en cambio, sí quería saludarlo, pues, además de ser un poeta que admiraba mucho, no me parecía que fuera esa persona amenazante que ellos pintaban, sino, por el contrario, un tipo cordial, risueño, de agradable conversación, de acuerdo con la impresión que tanto a mí como a mis amigos barranquilleros nos había dado aquella vez en el Amira.

De modo que seguí marchando por aquella calle, rumbo a su encuentro, y no había dado cinco pasos cuando Gómez Jattin me reconoció. Nos saludamos con efusión y a grandes voces. Estaba acompañado por una mujer joven y bonita que, según me informó enseguida, era su enfermera. Entonces supe la razón por la que, cuando debía hallarse en la Costa Caribe, se encontraba en Bogotá.

Sucedió que, al poco tiempo de su recital en Barranquilla, sufrió una de sus ya más o menos frecuentes crisis mentales y su hermano Rubén lo había hecho internar en una clínica psiquiátrica de la capital. Ya estaba terminando el tratamiento y se hallaba bastante mejor, pero todavía no lo habían dado de alta. Le permitían, sí, algunas salidas por la ciudad,

pero siempre en compañía de la enfermera que le habían asignado para cuidarlo.

Esa mañana nos sentamos en un café cercano, bebimos cada uno un tinto, charlamos un rato y nos despedimos. Quedé invitado al acto de lanzamiento de su nuevo libro, titulado *Tríptico cereteano*, que iba a tener lugar en los próximos días en la Biblioteca Luis Ángel Arango. La obra estaba siendo editada por la Fundación Simón y Lola Guberek, a instancias del poeta Darío Jaramillo Agudelo. Gómez Jattin irradiaba felicidad por ese hecho.

volví a verlo con bastante frecuencia cuando ya había salido en definitiva de la clínica, casi siempre en distintos lugares y calles de La Candelaria: en la casa que yo compartía con otros dos jóvenes poetas (Rafael del Castillo y Robinson Quintero Ossa), situada en la carrera Segunda con calle 12, cerca de la plaza del Chorro de Quevedo; en la casa de Nubia Cubillos, en la calle 12F con la carrera Segunda; en la Casa de Poesía Silva, en la calle 12C con carrera Tercera; en las cercanías de la Universidad Externado de Colombia, donde Gómez Jattin era bastante conocido; en la plazoleta de la Universidad del Rosario, y en diversos cafés y restaurantes del histórico barrio. Recuerdo que Gómez Jattin, durante todo el resto de aquel año y hasta que se marchó de Bogotá (lo que ocurrió más o menos en octubre o noviembre), vivió en el Grand Hotel, un hotel viejo y barato situado en la calle 16 con carrera Quinta, frente al Museo del Oro, y que años después sería demolido.

Gómez Jattin no bebía entonces alcohol alguno; en lugar de ello, se fumaba toda la marihuana que fuera posible, faena en la cual éramos varios quienes lo acompañábamos. Una vez me invitó a la inauguración de la sede de la colonia de sus “coterráneos” cordobeses residentes en Bogotá. Su intención era vender ejemplares del *Tríptico cereteano*, que, además de los recitales de poesía, era la única “actividad económica” que él ejercía, y vaya que lo hacía bien. “Vamos y la pasamos del carajo”, me dijo. “Va a haber comida y trago gratis, y además voy a vender muchos libros”. “¿A cómo vas a vender cada ejemplar?”, le pregunté. “¡Eso depende del marrano!”, me contestó, y soltó su estruendosa carcajada.

En efecto, nos divertimos mucho, y él más que nadie, conversando aquí y allá con muchos conocidos, algunos de ellos famosos, como el cantante Noel Petro y el entonces presidente de la Cámara de Representantes, Francisco José Jattin, quien era pariente suyo y que fue el marrano a quien le vendió la copia más costosa de la noche.

Fueron aquellos unos ocho meses de largas y continuas conversaciones, casi todas en torno a la poesía y a la literatura en general. Gómez Jattin se mantenía muy poco tiempo sentado; solía pasearse por la estancia donde estuviera, hablando con una locuacidad y elocuencia admirables. Mientras lo hacía, eran muy cortos los períodos en que no tenía entre los dedos un

pitillo de marihuana, pues era un fumador insaciable. “¡Préndete el tabaco, Joacol!”, era una amable orden que yo oía cada rato cuando charlaba con él; acabé notando que lo decía tanto por necesidad, pues era en mí en quien recaía la tarea de desmenuzar la hierba, limpiarla de semillas y liarla en un fino papel de arroz, como por chacota, pues era evidente que le divertía la rima que formaba con la frase.

En cierta ocasión, anunció que lo habían invitado a una lectura de sus poemas en Cartagena. Lo hizo con gran alegría, pues le iban a pagar los tiquetes de ida y vuelta en avión, el hospedaje y unos buenos honorarios. Sería aquel el comienzo de su travesía por varias ciudades de Colombia en plan de poeta reconocido y celebridad.

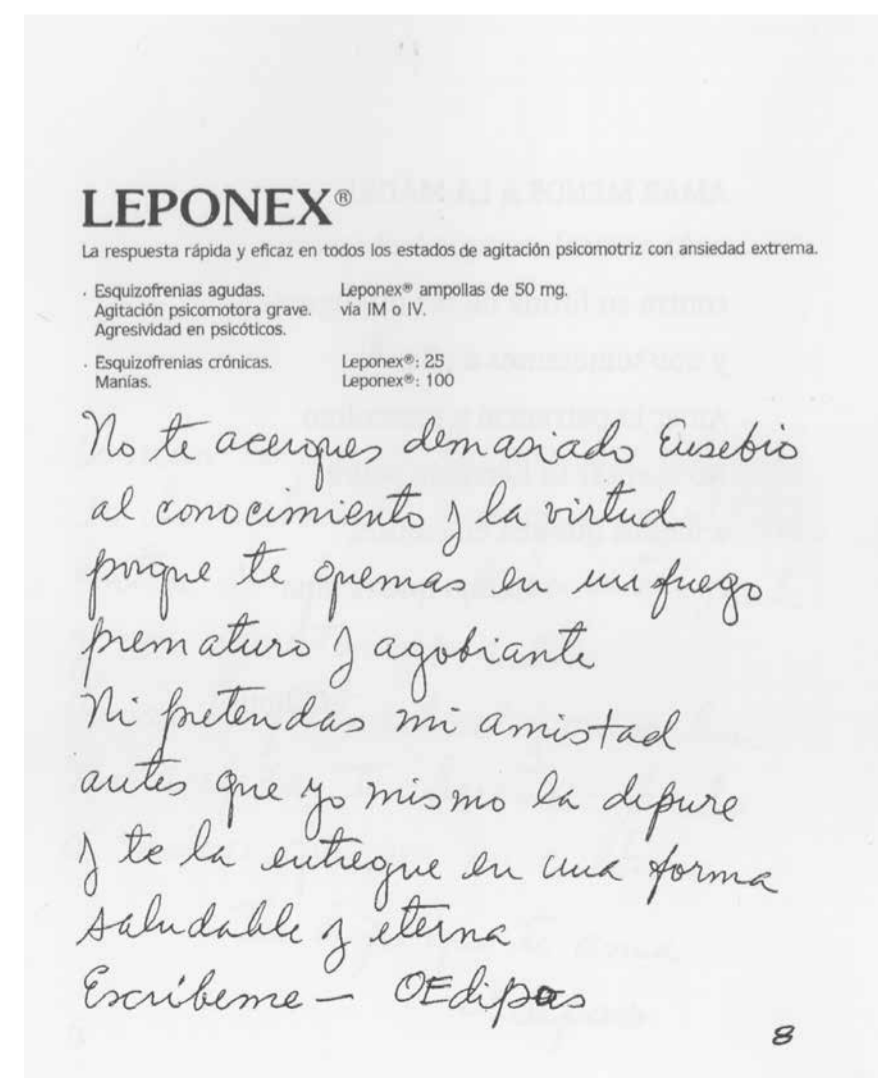
Pasaron los días y el poeta no daba señales de regreso. No se tenía la menor noticia de él. Entre los amigos comunes, llegamos a preguntarnos con extrañeza qué sería de la vida de Raúl. En vista de que pasaron semanas sin que apareciera, fui a buscarlo una mañana al Grand Hotel. Al llegar, encontré al dueño bastante alterado porque, según se quejaba, el señor Gómez había dejado sus efectos personales en la habitación que tenía alquilada y ya habían transcurrido varios días después de la fecha en que se había comprometido a regresar. “Ya no puedo esperarlo más, necesito desocupar la habitación para poder alquilarla a otro huésped”, me dijo. Me preguntó si podía hacerme cargo de las pertenencias del poeta y prometerle que se las iba a entregar cuando este regresara. Yo no le era del todo desconocido al hospedero y él sabía que de algún modo era amigo de su desaparecido huésped. Le dije que sí, de modo que subimos a la habitación en la segunda planta, con una amplia vista hacia el Museo del Oro y el parque Santander, y recibí los efectos de Gómez Jattin. Se trataba de un bagaje perfectamente portátil. No recuerdo que hubiera nada de ropa u otro tipo de bienes: todo se reducía a un exiguo montón de libros, revistas y papeles manuscritos y mecanuscritos. Con gusto me llevé aquel material para mi casa.

Mi memoria ya no es capaz de establecer con precisión el inventario del tal material. Sé que unos seis meses después, cuando volví a encontrarme con el poeta en Cartagena (se había quedado residiendo en esa ciudad, primero por fuerza mayor, debido a que, cumplido el recital

para el que había ido desde Bogotá, sufrió otro episodio de locura, en razón de lo cual fue internado en el hospital de San Pablo; y luego, una vez dejado el hospital, por decisión propia), digo, le devolví la mayor parte de sus pertenencias, entre las cuales figuraban algunos libros, cartas (había una que le había escrito el expresidente Alfonso López Michelsen para excusarse por no poder asistir a un recital suyo en la Casa Silva) y el manuscrito de una novela que había empezado a escribir en Bogotá, en el Grand Hotel. Recuerdo palabra por palabra su título: *Los pájaros del verano*. Precisamente el destino de esa novela tuvo que ver con mi decisión de no devolverle el resto del material.

Apenas una o dos semanas después de haberse devuelto (lo que le causó una feliz sorpresa, pues ya se había olvidado de ella), le pregunté por sus páginas y no supo darme la menor razón al respecto. En otras palabras, me dio a entender claramente que la había perdido en alguna parte de la que su mente no guardaba indicio alguno. La pintora Bibiana Vélez, por entonces su amiga más cercana, me confirmó el torpe revés. Si le devuelvo el resto de los documentos, pensé, los botará igual más pronto que tarde. Así que, por precaución, decidí conservarlos.

¿Qué eran esos documentos con los que me quedé? Aparte de dos libros, una antología de poesía de uno de sus poetas preferidos, Antonio Machado, en la que estaban subrayados títulos de poemas, largos pasajes de estos y versos sueltos, y una edición de Alianza Editorial de *El collar de la paloma*, el tratado sobre el amor del siglo XI del gran escritor andalusí Ibn Hazm, de Córdoba; se trataba de los originales de un conjunto de poemas que no se hallaban incluidos en ninguno de sus libros publicados, y en los cuales se distinguían bien dos grupos: uno compuesto por diecisiete poemas escritos a máquina y otro por 31 poemas escritos de su puño y letra en un recetario de Leponex, un antisicótico dibenzepínico. Este último tenía un título en la carátula del cuaderno: *Acerca de Edipo* (y no *Acerca de Cédipus*, como escribiría siempre en las páginas interiores), y estaba firmado, en el campo destinado para poner el nombre del médico, por RAUL GÓMEZ JATTIN, así, todo en letras mayúsculas, y sin tilde en la palabra Raúl. Dejo en sus manos, como si fuera una receta póstuma, una selección de esos versos de hotel salvados a la locura.



No te acerques demasiado Eusebio al conocimiento y la virtud porque te quemas en un fuego prematuro y agobiante ni pretendas mi amistad antes que yo mismo la depure y te la entregue en una forma saludable y eterna. Escríbeme

En efecto, a los pocos días, en marzo o a primeros de abril, asistí al acto de lanzamiento. El evento se llevó a cabo hacia las 6:30 de la tarde, en la sala de conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, a pocas cuadras de la calle donde se había producido nuestro reencuentro, en el entrañable barrio de La Candelaria. Recuerdo que el poeta estaba acompañado de la misma enfermera.

Luego de aquel suceso —que fue uno de los más importantes de la historia de la poesía colombiana, aunque entonces ni él ni yo éramos conscientes de ello—,

El padre (cualquiera sea su
Categoría espiritual)
a quien consultamos lo importante
nos destruye –nos aniquila
Se alimenta de lo nuestro:
fuerza
talento
belleza
y ni siquiera se da cuenta

Saber que solo he amado a mi madre
y que estaba prohibido
He ahí el terrible dolor

Pensando en mis hijos
que me han defraudado siempre
Quise a varios de ellos
Y ninguno supo corresponder
a mi deseo inmoderado
de que ellos fueran
mejores que yo

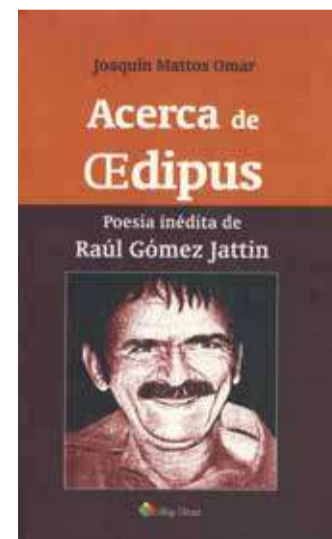
En las clínicas mentales
lo peor son las monjas
más violentas
que agujas hipodérmicas
que la fiebre y la locura
La monja es una energúmena quieta
En las clínicas mentales
cuando lloro casi ríe
Podría decir que la monja
No es mala ni es buena simplemente odia
todo lo que se mueve
todo lo que vive
todo lo que palpita
todo lo que no sea
su dios muerto

Oh Dios
tú que no existes
eres afortunado
de no tener que cuidar
todo el género humano
En cambio yo
muero cada día
con el dolor del loco
que destruyen los otros
con el mendigo muero
con en el enamorado triste
sufro
con la mujer confinada
en un bar musical
lloro
y vuelvo a estar solo
a comer el agrio pan
del exilio
entre tanta gente
que a veces amo

El infierno son los otros
Rimbaud

Cuando saben que viviste entre ellos
a pesar de que no tenías su entraña
y tu tiempo era trascendente y bello
se preguntan qué llevabas en tu pecho
tan callado –tan serio– tan verdadero
cuando parecías no existir para la vida
Esos libros los perturban –los asedian
¿Por qué los nombras tan oscuros?
¿Por qué no figuran como héroes?
Cuando saben que viviste entre ellos
tal vez se preguntan: ¿Por qué no lo matamos
cuando aún no era conocido? ¿Por qué?
Tal vez digan: ¿qué hace tu miseria
tu tristeza –como símbolo de un pueblo?
Nunca es tarde para hablar de ellos
Para recordarles que tú no eras el tonto
Para revivir algo que el arte siempre
le ha tenido a la bruta vida: odio

Son hombres de dinero
no de alma y cuerpo
Son hombre de alta posición
no de delicados sentimientos
Son hombres de plata
no de carne y hueso
Son hombres de automóviles
no de corazón tierno
Son hombres de mansiones
donde no hay libros
cuadros ni canciones
Son acaudalados hombres
de inversión
en la bolsa de valores
Son hombres de crucifijo
no de espíritu cultivado
Son hombres
que se hartan de manjares
y no saben cocinar
Son hombres dueños
de campos y plantíos y animales
y no aman la naturaleza
¿Serán hombres? ☹️



Acerca de Edipus.
Poesía inédita de
Raúl Gómez Jattin
Joaquín Mattos Omar
Collage Editores
2018

TEMPORADA 2018 X
MÚSICA & RECONCILIACIÓN

35
FILARMED
1983/2018

Jóvenes Talentos
Juan A. Cuéllar
Fanfarrias y Lamentos
Acompañada de la obra de la artista Beatriz González

H. Villa-Lobos
Concierto para piano No. 5
Solista: Juan Carlos de la Pava (Piano)

D. Shostakovich
Sinfonía No. 5
en Re menor Op. 47
Director: Juan Felipe Molano

JUAN CARLOS DE LA PAVA
Ganador del
Primer Concurso
Jóvenes Talentos
Filarmed 2018

SÁBADO 9 JUNIO
Teatro
Metropolitano
Boletería:
\$10.000 y \$20.000

5:00 P.M.
De la música, antes
6:00 P.M.
Concierto

Puntos de venta: Tu Boleta,
Taquilla del Teatro, Todo en Artes,
punto de revista de Almacenes
Éxito. Descuentos: 25% Clientes
Bancolombia y Clientes SODOS,
20% adulto mayor.
Informes: 2322 28 58 - 262 55 00.
www.filarmed.com @filarmed

Patrocinadores: sura, epro, Mineros, agite, Bancolombia, Filarmed

MUSEO D ANTIOQUIA

68
70
72

BIENALES DE ARTE COLTEJER

Las Bienales de Coltejer tienen un nuevo espacio: visitelas en nuestra sala Promesas de la modernidad, dedicada a las vanguardias artísticas de la segunda mitad del siglo XX.

Un proyecto Patrocinada

MUSEO D ANTIOQUIA Coltejer

Innovamos
para ser cada vez más verdes:
— Paneles solares flotantes —

Embalse El Peñol-Guatapé de EPM

Primer piloto de parque solar flotante en Hispanoamérica: **energía solar.**

368
Paneles solares

Comparan el desempeño del sistema flotante con otros tradicionales

Prueba de nueva tecnología con rigor técnico y científico

Transformamos la energía en soluciones innovadoras con visión de futuro.

Por ti, estamos ahí
ePM

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

Vigilado Supervisados

La cuestión del sótano



por FEDERICO ARTEAGA

Ilustración: Camila López

La casa de su padre todavía está en Cali y a los vecinos del barrio se les hace menos extraño verla que a los que tiene en Bogotá. Va tan a menudo como puede; allá tiene sus recuerdos, sus libros, y el sótano.

No muchos lo saben y a pocos les importa, pero María Helena Döering es licenciada en Literatura y tiene una diéresis sobre la o; en la casa de su padre encuentra esta puntuación por todas partes. Con sus libros encuentra otras cosas: sus notas sobre Saussure y una pequeña carta de amor que le escribió a Manuel Seco; la conserva porque le avergonzaba la posibilidad de que los recolectores de basura dieran con ella y leyeran su confesión adolescente de idolatría hacia el gran filólogo desdentado.

Hay algo más preocupante que María Helena guarda entre las cubiertas de un falso poemario de Gioconda Belli. La nicaragüense jamás escribió *Almanaque de falos y tulipanes*, pero el título en el lomo del libro garantiza que nadie lo saque de su anaquel. Bajo aquel amenazador título, Döering había mandado a empastar una cantidad de páginas en blanco a su regreso de Europa tras una acelerada carrera como modelo. Las primeras anotaciones eran espaciadas y describían su nostalgia por los fotógrafos de París y por la ginebra de cualquier ciudad extranjera; sin embargo, rápidamente se convirtió en un diario fechado y detallado sobre sus

preocupaciones acerca de la ficción especulativa y el asunto del sótano.

Lo de la ficción especulativa empezó en la universidad con una profesora que hablaba de la ciencia ficción con la reverencia y erudición que otros le inventarían al existencialismo o al Siglo de Oro. Decía que aquel género habla del presente usando las herramientas de un futuro que se deriva de ese presente, y esa idea le encantó. El asunto del sótano comenzó en 1992, cuando Europa se había acabado y su padre desarrolló una tos que ningún jarabe podía curar.

Era una tos seca que siempre terminaba con un suspiro y la mirada clavada en algún punto del suelo. Los doctores, galenos, alópatas, facultativos, y profesionales de la salud lo examinaban con juicio, con muchos instrumentos, y con frascos llenos de flema de colores exóticos para llegar todos a la misma conclusión: “Tiene tos”. Después listaban las indicaciones generales para reponerse al catarro común y expedían sus saludables cuentas de cobro.

En Bogotá, María Helena Döering fue invitada al lanzamiento de una nueva mantequilla y resolvió llevar a su padre como acompañante. Tal vez el cambio de aire en otra ciudad sería beneficioso y así fue. Durante los tres días de su estadía el señor Döering no tosió ni una vez y sus ojos brillaban con el horizonte bogotano que entonces solo presentaba una delgada línea gris de contaminación, señal más de progreso que de

mala administración. María Helena estaba tan complacida con la mejoría de su padre que lo acompañó en su viaje de vuelta a Cali para cerciorarse de su completa recuperación.

Esa noche la despertó el sonido de una tos seca que venía de la habitación de su padre. Descalza y en albornoz abrió la puerta del cuarto y lo encontró sentado en la cama con un gesto cansado. Tosió dos veces y dijo: “Donde esto siga así...”. No terminó la oración porque un suspiro profundo se le llevó la mirada a una esquina del guardaescobas.

Ella regresó a sentarse en su propia cama escuchando aquella tos. Sus ojos, azules y famosos, leyeron en el guardaescobas la media frase de su padre: “Donde esto siga así...” y recordó a su profesora de universidad.

“Si todo sigue así...” era uno de los postulados informales de la ficción especulativa y era el que introducía las peores posibilidades de desarrollo en una trama porque su proyección partía de un presente real, activo y problemático. “Si todo sigue así...” normalmente va seguido por “... las cosas no van a salir bien”.

La causa de la tos estaba en la casa. Minutos después de salir, su padre dejaba de toser y podía mirar el suelo sin suspirar. “Donde esto siga así”, se dijo María Helena, “mi papá no va a durar”.

Ella misma limpió y desinfectó la casa pero la tos no menguó. Aplazó varias sesiones fotográficas para explorar la casa hasta dar con el origen de la tos

de su padre. Tras descartar todos los sitios de la casa que él frecuentaba, fue a los cuartos donde él nunca o casi nunca entraba. Así fue como después del altílo y el garaje, María Helena bajó al sótano donde rara vez iban sus hermanos a buscar cosas de otros tiempos y la señora empleada de la casa a prender y apagar el calentador de agua.

Tenía un tapabocas cubriendo la mitad de su cara por donde podían salir cuatro idiomas. Movió cajas y barriles buscando alguna humedad o un escape de gas. Detrás de una vieja cabecera de cama, sobre la pared, había un hongo blanco y suave con la forma del mapa de algún país desconocido. Tal vez era la oscuridad del sótano, pero a María Helena le pareció que el hongo, de una forma sutil, casi imperceptible, vibraba.

Si se le hubiera preguntado entonces por qué decidió no contarle a nadie, no habría sabido qué responder. Quizá aún no lo sepa. Solamente subió al estudio, buscó una linterna para inspeccionar el asunto más de cerca, agarró un lapicero y el falso libro de Gioconda Belli en el que extrañaba activamente todo lo europeo y volvió al sótano.

Nunca ha necesitado gafas, pero aquella vez tuvo que hacer un esfuerzo para auscultar tan de cerca como fuera posible la blancuzca y porosa superficie del hongo sobre la que apuntaba la linterna. Podía venir de una humedad o simplemente del tiempo; hay cosas que no necesitan una razón para ser, las

condiciones son propicias, se conjugan, y de repente existe algo que antes no había existido.

Abrió el *Almanaque de falos y tulipanes* de Gioconda Belli y en una hoja en blanco escribió la fecha, dibujó el rectángulo de una pared y encima garabateó la forma del hongo. Debajo escribió: “Donde esto siga así...” y pensó cómo terminar la oración.

Donde esto siga así, el hongo crecerá hasta comerse la pared. Donde esto siga así, la pared se va a debilitar y van a dañarse los cimientos de la casa. Donde esto siga así, el hongo va a crecer drenando la vitalidad de mi papá hasta consumirlo.

Paró después de anotar esta última posibilidad y la recorrió un escalofrío de miedo. Estaba fantaseando, por supuesto —no todas las fantasías son felices—, y la posibilidad era más improbable que remota. Pero haber recordado las clases de su profesora por esos días, encontrar el extraño hongo, y tomar notas en su libro falso la habían preparado para concebir ideas extrañas. “*Eppur si muove*”, dijo en voz baja dentro del tapabocas recordando a Galileo cuando creyó lo que para todos tenía que ser imposible.

A pesar de la insistencia de su hija, él no quiso hospedarse en casa de su hermana ni pasar unos días en un hotel mientras removían el hongo.

—Pero, papá, ¿y si te agravas?

—Pues me muero en mi casa —dijo el viejo en un refunfuño que no admitía discusión.

¿Y si te agravas? Pues me muero en mi casa. María Helena repitió la conversación en su cabeza parada frente al hongo con su tapabocas, su linterna, y su cuaderno. Bajo una nueva fecha empezó a discutir consigo misma en las páginas del *Almanaque* que el segundo postulado informal de la ficción especulativa no había aparecido por casualidad en la evolución del problema de su padre. “¿Y si...?” —según explicó su antigua profesora— introduce cambios, desviaciones en el curso de la vida. No era casualidad, era progresión. Y nada se desviaba más de la vida que la respuesta de su padre.

Una vez más hizo un listado de los escenarios a considerar. ¿Y si el hongo sigue expandiéndose? Consumirá a mi papá. ¿Y si arranco el hongo y su vitalidad está conectada de alguna manera a la de mi papá? Entonces arrancarlo sería el fin de ambos. ¿Y si no lo arranco todavía? Ambos sobreviven. ¿Y si yo soy inmune al hongo? Entonces tengo poder sobre él.

Cerró de golpe el libro y abrió los ojos concentrada en el enemigo con un miedo irracional, pero no por eso menos real: que el hongo estuviera siguiendo la lectura de sus pensamientos a la vez que los registraba en su diario.

Tuvo que regresar a Bogotá durante un par de semanas para grabar algunas escenas y destapar el resto de su cara donde vive la sonrisa que la asegura como embajadora de varias marcas. En la noche, al teléfono, escuchaba y evaluaba la tos de su padre y hacía conjeturas en el falso libro de Gioconda Belli. Una noche se sorprendió con preocupación al sentirse casi aliviada de escuchar a su papá toser: eso significaba que hongo seguía en su lugar del sótano.

A su regreso a Cali traía una idea que ni siquiera había consignado en su diario por temor a que, de algún modo incomprensible, el asunto del sótano se enterara de lo que tramaba.

Buscó entre sus libros de la universidad las fotocopias y los textos recomendados por aquella profesora abogada de la ficción especulativa. Había un tercer postulado informal que podía utilizar como arma (¿o soborno?) frente al hongo. Ya habían atravesado los umbrales de “Si todo sigue así...” y de “¿Y si...?”. Ahora podía preparar el escenario del futuro invocando el tercer enunciado: “Si tan solo...”, la llave que permite explorar las mieles y los peligros del porvenir. “Si tan solo...” pone la imaginación en oposición al destino y la convierte en un factor del argumento.

María Helena Döering bajó al sótano después de darle las buenas noches a su padre. Se puso un tapabocas, abrió su diario, y anotó en una página fresca con letras mayúsculas bajo una fecha clara y triunfal: “SI TAN SOLO EL HONGO FUERA LA FORMA ELEGIDA POR MI PAPÁ PARA PERPETUARSE EN ESTA CASA”. Cerró el libro. El hongo, que sin lugar a dudas se movía con una vibración a la que ella se había acostumbrado, se quedó quieto, como si pensara en la manera en que únicamente los hongos pueden pensar. Incluso con el tapabocas puesto, los ojos azules se rasgaron complacidos delatando su sonrisa.



Los viajes de María Helena a Cali se han hecho menos urgentes. Visita a su padre y lo cuida aunque todos saben que, para su edad, el señor Döering tiene una salud admirable y su único achaque es una tos seca que lo acompaña hace años. Ella le ayuda a moverse por la casa, a acostarse, y pasa largas horas en el sótano donde una de las paredes tiene un hongo blanco y suave como el pan, un hongo que vibra ligeramente y ha asumido la forma en relieve que tenía la cara del padre cuando era un joven de ojos curiosos y conversación serena, dedicado a enseñarle a su hija todo sobre la vida.

En el *Almanaque de falos y tulipanes* de Gioconda Belli, María Helena Döering registra las conversaciones que con tiempo y trabajo ha aprendido a tener con su padre perpetuado. Cuando regresa a Bogotá y viaja a otros países modela, actúa, posa, se ríe, y habla mucho sobre el futuro. Ser diva es la parte fácil. ©

Trabajos de calle,
historias de amor

Fotografías de Juan Fernando Ospina

Inauguración
Viernes 8 de junio • 7:00 p.m.
Dir.: Cra 50 # 55 - 11
Palacé x Perú

Gastronomía
personalizada
Embutido artesanal



Lunes a sábado:
12:00 m a 3:00 pm y
6:00 pm a 10:00 pm
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

Cra 43 #54-60
Tels.: 5818538 - 3207908977

Un lugar
tranquilo
Federico Vélaz

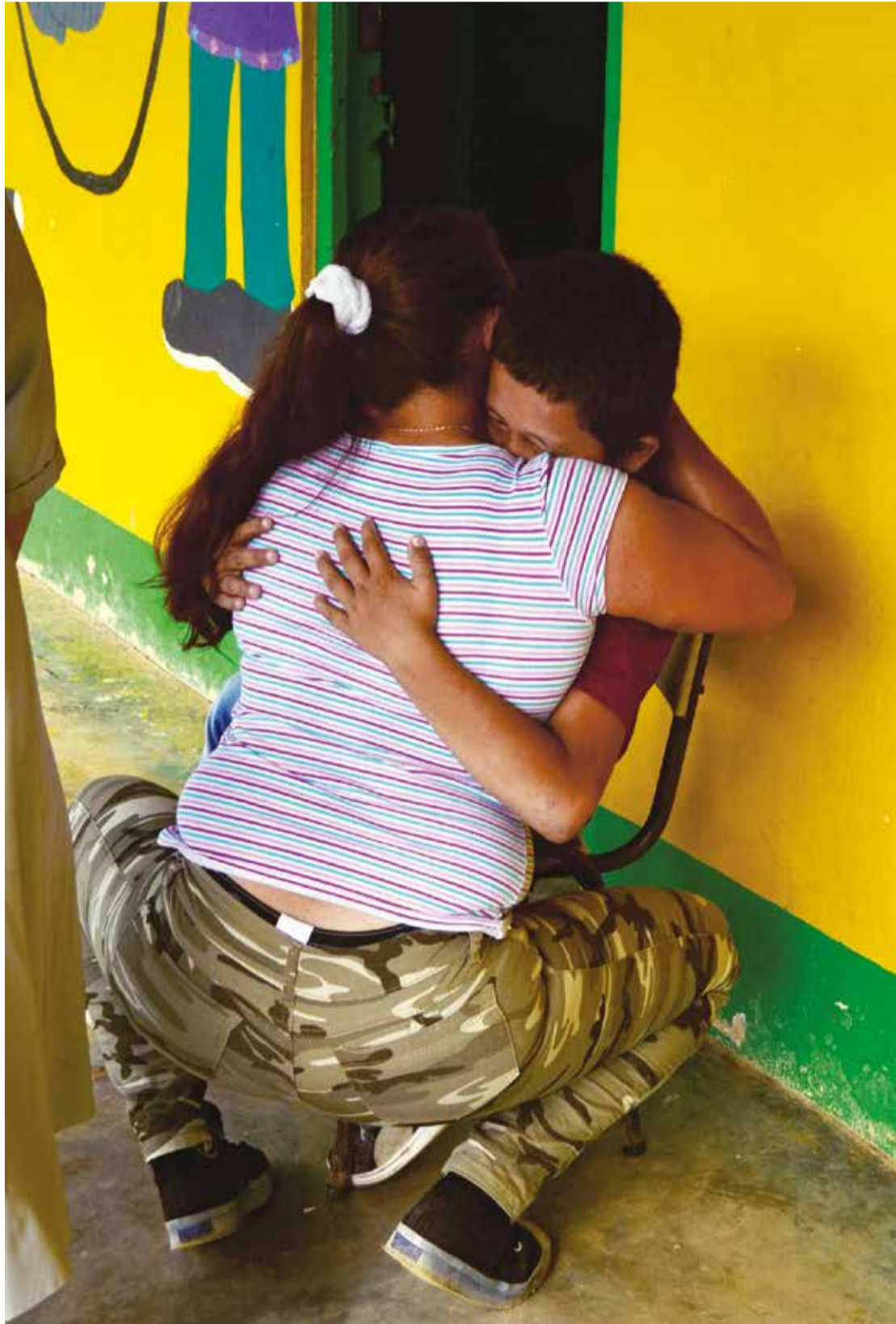
“En esta novela el autor concretó un libro sorprendente, caleidoscópico. Un relato policial y erótico mas allá de las normas de género.”

Martín Caparrós, Mario Jursich y Santiago Gamboa Jurados del XIII premio Nacional de Novela Cámara de Comercio.

A Domicilio
Bookin Home: 3184455985 - 4110246 Ext. I18

Librería El Licenciado
Mall Llano Grande - Rionegro / Antioquia
3227178366

Conversaciones en la veredal



Mayo de 2017.

Texto y fotografías por ANDREA ALDANA

—A los tres meses de nacido.
 —¿Y por qué pensabas que el niño seguía allí?
 —Porque era mi única esperanza.
 —¿Tu única esperanza?
 —Sí. Yo no tenía idea de dónde más podría estar el niño. Cuando tenía tres meses se lo entregamos al tío, que era el hermano del papá. El papá también era un guerrillero, era mi compañero, pero como a los dos años se desertó. Él se fue y se llevó todo con él, los teléfonos, los contactos, no me dejó nada y nunca pude volver a ubicar al niño. Pero el tío era de pocos recursos y cuando conocí a la monja de inmediato pensé en que era posible que la familia del niño siguiera viviendo allí.
 —¿Y cómo lo ubicó la monja?
 —No sé, apenas me va a contar.
 —¿Por qué te separaste del niño?
 —Porque la guerra es así. Cuando yo quedé embarazada seguí en el campamento, me quedé como hasta los seis meses, pero después el comandante me ubicó en una casita a las orillas del río Sinú. Allí mismo tuve al niño. Los compañeros siempre acampaban cerca y yo me iba con el bebé para allá, pero cuando el niño cumplió tres meses el Ejército empezó a bombardear toda la orilla del río, eso era bomba tras bomba por todo el Sinú. Entonces el comandante me dijo que era mejor pensar en reubicar al niño, que me iba a doler la separación pero que si el niño moría en un bombardeo eso iba a ser más doloroso y ahí sí me iba a destrozar. Ay, hija, y así fue. El día que entregué a mi hijo sentí que no iba a poder seguir viviendo, estaba sin fuerzas, pálida, que me desmayaba, le dije a los compañeros que no podía seguir. Me tuvieron que esperar sentados en una chalupa mientras yo me sentaba en el piso de una puerta a llorar. Lloré como cuatro horas seguidas.
 —¿Y nunca pensaste en dejar a las Farc? ¿Vivir con tu hijo?
 —No, no era una opción. Uno entra a la guerrilla por una causa, por un país que quiere cambiar. ¿Qué vida le iba a poder ofrecer a mi hijo en un país así? ¿Qué vida cuando lo único que sabía era combatir? Ay, hija, es que en el campo el país es muy duro, esta es otra Colombia... Además, también estaban los paras, era la época en que los paras asesinaban a todo el mundo, fue cuando masacraron a todos los campesinos que nos colaboraban y todo el mundo sabía que yo era guerrillera. No tenía opción. Si me iba de la guerrilla lo único que tenía seguro era la muerte, los paras me hubieran encontrado ahí mismo. Eso no es vida para un hijo.

—¿Y ahora?
 —¿Ahora qué?
 —¿Qué va a pasar?
 —Yo no sé, yo estoy muy feliz, ahora quiero encontrar la forma de poder ver crecer a mi hijo sin perturbarlo a él o a su nueva familia. ¿Sabe una cosa? La monja me dijo que el niño siempre supo que su mamá estaba en el monte... Once años y siempre lo supo.
 —¿Cuántos años tienes en las Farc?
 —Más de los que tenía cuando ingresé.
 —¿Te arrepientes?
 —No. Es la vida y a mí me tocó esta. No me arrepiento, pero a la guerra no volvemos. Aquí nadie quiere matarse, todos queremos vivir. Yo quiero ver a mi hijo crecer. Ayer en la tarde la profe Mafe me decía: "Marce, a vos qué te pasó, vos nunca sonreís y hoy no sos capaz de esconder la sonrisa". Le conté que por fin había encontrado a mi hijo y se alegró conmigo... Yo solo quiero conservar esa sonrisa.
 —¿Has cambiado tu forma de pensar ahora dentro de las Farc?
 —No. No la forma de pensar, más bien la forma de hacer la lucha. Y no solo yo, todos. Aquí queremos seguir luchando, solo que ahora es una lucha sin armas.

Zona Veredal Transitoria de Normalización ZVTN, Antioquia

qué suceden las cosas así, yo llevaba años buscando al niño y nada. Desde que empezaron los diálogos en La Habana lo empezamos a buscar. El comandante del frente le pasó los datos al gobierno, y nada. Yo le pedí el favor a los del Mecanismo de Monitoreo, y nada; le pedí el favor a varios periodistas, y nada; ¡hasta a la Cruz Roja le pedí el favor de que me ayudaran a ubicar al niño, y nada! Nadie daba con él. Yo pensé que ya no lo iba a encontrar.
 —¿Y cómo diste con la monja?
 —Pues ella vino un día en una comitiva a visitarnos, a hablar con los guerrilleros, a conocernos. Cuando la vi, a mí me dio curiosidad, y pues también quise hablar con ella. Me le acerqué y le pregunté de dónde era y resultó que era de la misma zona a la que se llevaron a vivir a mi hijo. Entonces le conté mi historia y le pedí que lo buscara.
 —¿Cuándo te separaste de él?

—Andrea, ¿sí me va a acompañar?, ya voy saliendo.
 —¡Claro! ¿Es lejos?
 —Pues hay que salir de la zona, debemos ir a la vereda, donde están los civiles. Allá está él, me está esperando en la escuelita.
 —Bella, yo sé que la pregunta es idiota pero... ¿estás nerviosa?
 —¡Uf, hija! Yo no sé ni qué es lo que estoy sintiendo.
 —Bueno, calma, que todavía falta, ¿no?
 —Míreme las manos, estoy casi temblando.
 —¿No sabés dónde ponerlas?
 —Uy sí, hija, es que por dentro siento de todo... Mire, ahí viene la monja que le conté, ella es la que me ayudó a encontrar a mi hijo.
 —Yo todavía no lo puedo creer, llevás diez años buscando a tu hijo, ¿de verdad ella lo ubicó en quince días?
 —¡En menos de quince días! Ay, hija, yo no sé por



Febrero de 2017.

—¿Entonces sentiste rabia cuando ganó el No?
 —Rabia no, más bien impotencia. Cuando eso pasó nosotros estábamos en Solano, ¿conoces Solano?
 —No.
 —Solano es un municipio que queda a orillas del río Caquetá y siempre fue un fuerte de las Farc. Porque hay que reconocerlo, el Estado allá eran ellos, y eso pasaba en varios municipios de este país, no es un secreto. Bueno, cuando ganó el No, fue horrible, todos nos mirábamos asustados, desconcertados, tristes, hasta ganas de llorar daban.
 —¿Tristes?
 —Sí, y mucha gente llamaba dizque a felicitarlos.
 —¿A felicitarlos?
 —Sí. Nos decían que como fuerza pública debíamos estar contentos. Nadie sabe qué es una guerra si no la ha vivido. A mí me llamaban y yo casi que insultaba y respondía que no tenían idea de qué era vivir bajo el temor de un ataque, un combate, una pipeta. Pensamos que después de eso la guerra se iba a recrudecer. Y nosotros ahí, en Solano, puro territorio de Farc. No te imaginas cómo se siente cuando se pierde la esperanza.
 —¿Y la recuperaron?
 —¿Qué?
 —La esperanza.
 —Uy, sí. Cuando el Congreso refrendó el acuerdo. Te lo juro, casi hicimos fiesta. Pero nos tocaba calladitos, disimular. Este país confunde el no querer morir en una guerra con ser santista o simpatizante de la guerrilla.
 —¿Creíste que la guerrilla iba a cumplir?
 —Al principio no. Yo creo que nadie pensaba que el proceso se iba a dar. Pero luego los vimos caminar hacia las zonas veredales. A mí me tocó escoltarlos. Fue impactante ver que eran campesinos; hombres y mujeres campesinos. Y todavía llevaban fusiles pero no había hostilidad.
 —¿Y ahí empezaste a creer en el proceso?
 —Sí y no. No fue ahí exactamente, fue cuando llegaron por el río. Eran muchos, y cuando llegaron en sus embarcaciones, el que era el comandante se bajó, se acercó a mí, y yo estaba serio; sosteniéndole la mirada. De pronto se quitó la gorra, me extendió la mano, y me dijo: «Teniente, parecíamos imbéciles matándonos entre nosotros».
 —¿Y qué hiciste?
 —Le estreché la mano y respondí: «Completamente».

La Guajira 

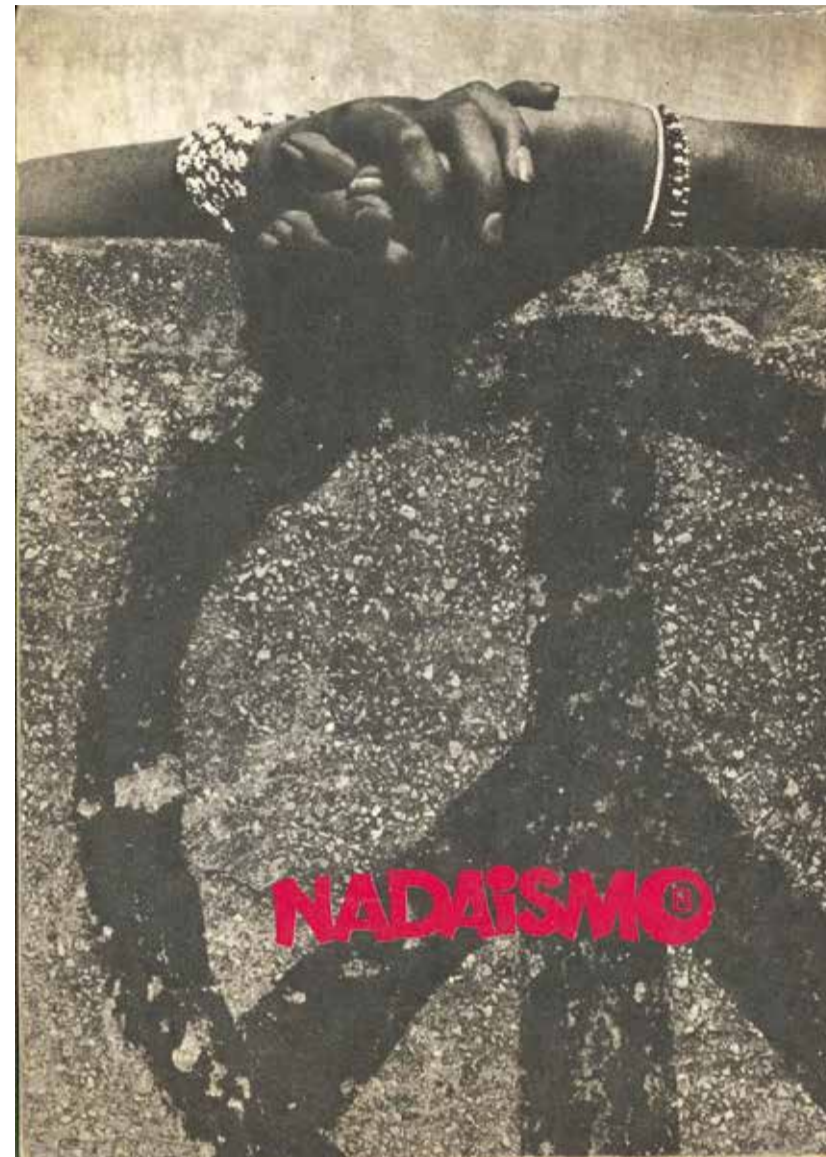


Nadaísmo, años de revolución

Dos conmemoraciones acaban de pasar y sus coletazos aún remueven los cimientos del establecimiento. En mayo pasado se cumplieron cincuenta años de la revolución juvenil inspirada por los estudiantes europeos Daniel Cohn-Bendit y Alain Krivine en París, que dio nombre a las revueltas de Mayo del 68; y también, los sesenta años del surgimiento del movimiento nadaísta que tuvo como epicentro a Medellín y fue inspirado igualmente por estudiantes y desencantados del sistema, entre quienes se encontraban Gonzalo Arango, Jaime Jaramillo y Amílcar Osorio, entre otros.

Dos portadas de la revista *Nadaísmo 70*, publicación que en sus ocho números circuló como manifiesto visual y literario del movimiento entre 1970-1971, son ilustrativas del giro cultural vivido en el mundo y en nuestra ciudad para esa década. Hacen parte de los archivos documentales de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

La primera es una fotografía cedida por León Ruíz a los jóvenes editores nadaístas para ilustrar la portada. La imagen sintetiza no solo la simbolización del ícono del movimiento *hippie*, sino la postura desinhibida y hedonista de la juventud frente al estilo de vida consumista. La segunda imagen es del fotógrafo bogotano Hernán Díaz y tanto esta como la historia fotográfica desplegada en su interior expresan las búsquedas de la libertad, el amor y la revolución sexual en una sociedad, aún hoy, tradicionalista y retrógrada.



Archivo Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.



Archivo Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.



CESDE
CONOCIMIENTO SIN LÍMITES



UN NUEVO CESDE TE ESPERA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO DE LA CIUDAD

¡PREPÁRATE CON LOS MEJORES!

28 programas técnicos creados para que desarrolles tu potencial y generes un impacto en el mundo de hoy.

- Asistente Administrativo
- Asistente en Diseño Gráfico
- Soporte de Sistemas Informáticos
- Arte Culinario
- Asistente en Producción Fotográfica
- Atención Integral a la Primera Infancia y muchos más!

MATRICÚLATE HOY 229 11 00
Para + info visita www.cesde.edu.co
Frente al tranvía de Ayacucho, Pabellón del Agua



El rock
en
Antioquia
está en
Radiónica
99.9FM



radiónica | RTVC

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

EXLIBRIS  café
libros
repostería

• Menú del día siempre delicioso
• El mejor café
• Repostería
• Libros de todo tipo con énfasis en ilustrados

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EI ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522

BUN·DI
CAFÉ BISTRO

CULINARIA SUIZA
Almuerzos • Sánduches
Pastelería y pan suizo
Café de origen • Zumos
Ginger beer • WIFI

@BUNDI_CAFEBISTRO
CALLE 53 # 42-15
Lunes a sábado
9.30 a.m. - 6 p.m.

Construimos Sitios Web para móviles y Apps

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

Cohete.net

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 12:00 M
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

Prana Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489

Tienda & Cocina Vegetariana

Cra 45 (El Palo) #52 63
Edificio Palomar
Lunes a viernes 8:30 a.m a 7:00 p.m
Sábados 8:30 a.m a 4:00 p.m
Tel. 251 66 85

Divino niño de El Guanábano, patrono del antro de redacción

BAR EL GUANÁBANO,
28 AÑOS FORMANDO JUVENTUDES

Nuestros servicios

- Esterilización colectiva y personalizada de perros y gatos
- Somos ESPECIALISTAS
- Limpieza dental

Cuida la salud de tus animales
¡Llámanos! 317 6490682

raya
Red de Ayuda a los Animales

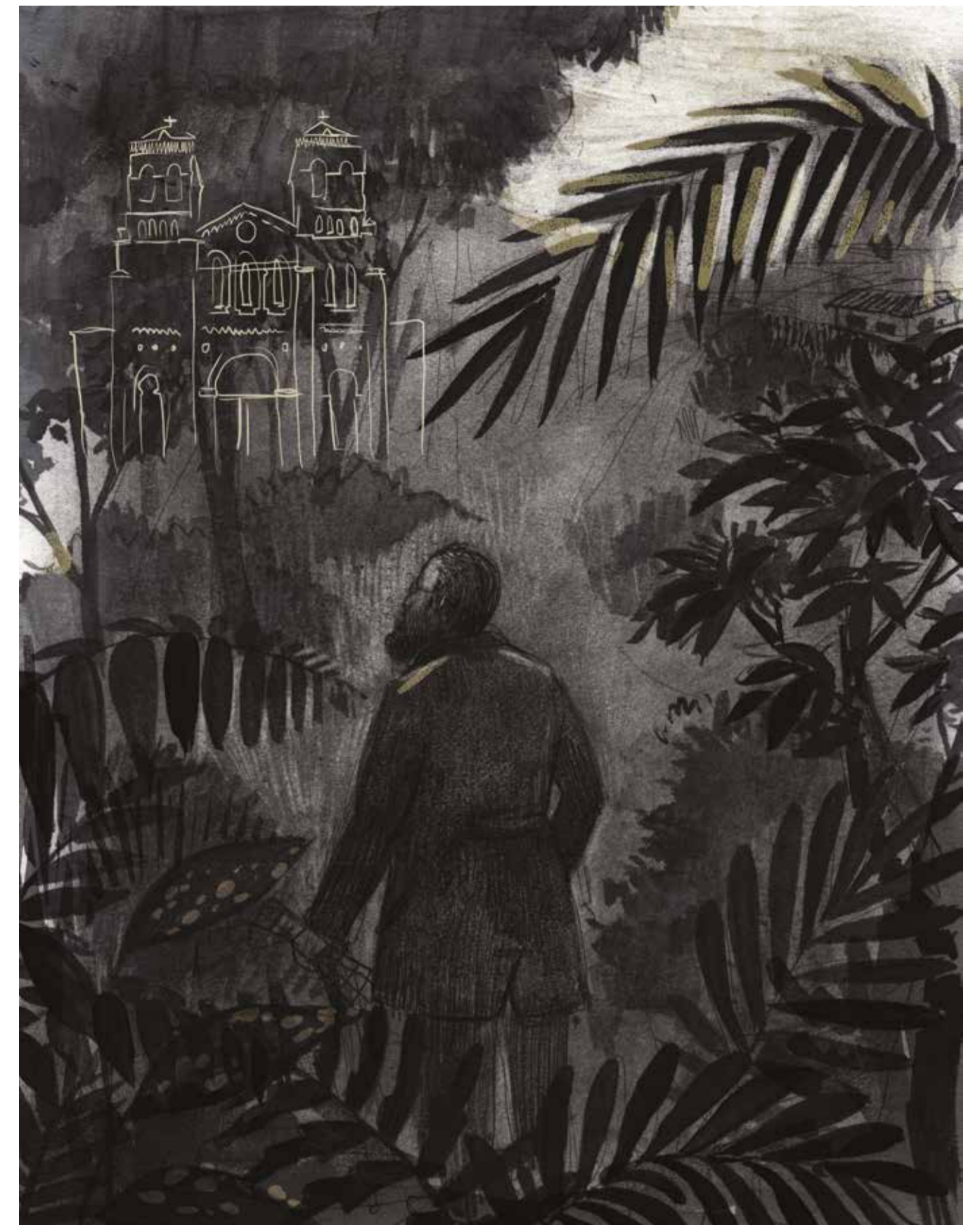
La Catedral de Villanueva

Para tratar sobre la magna obra, tuvo lugar la primera reunión el 7 de abril de 1870 (...) Desde propio momento se eligió para la construcción el lugar llamado "Plaza de Villanueva", en el cual tenía terrenos de su propiedad el señor Tyrrel Moore, de grata memoria, quien ofreció vender lo que hiciera falta para la construcción; o sea, tierra adyacente a un lote que ya él había obsequiado a la ciudad futura, con dos fines: el de levantar un templo católico, y el de honrar la memoria del Libertador en sitio abierto que llevara el nombre de "Plaza de Bolívar". Fueron también donantes de terreno en dicho espacio, los señores doctor Manuel Urbe y don Castor M. Jaramillo.

Lisandro Ochoa (1948)
Cosas viejas de la Villa de la Candelaria

Considere, señor mío, cómo la Catedral es lo primero que admira. Y es que en realidad nuestra Catedral de Villanueva constituye el primer orgullo de la raza. Es una obra colosal que, según los más reputados estetas, debe ser contada entre las maravillas arquitectónicas del mundo. Su inmenso tamaño hace que sea la primera mole en adobe cocido de todo el universo. La pureza del estilo románico, ajeno a toda suntuosidad, la torna a la vez tan majestuosa como severa, digna casa de Dios. La proporción acertada en todas sus partes hace que no advirtamos que es alta siendo el edificio más alto de la ciudad; ni que es grande, siendo incomparablemente mayor que cualquier otro edificio. Pero vista a distancia, como la ven ustedes, en esta altura desde donde se domina a Medellín como de ninguna otra parte, puede apreciarse cómo la Catedral de Villanueva emerge desde la entraña misma de la ciudad católica y levanta su pináculo domeñadora.

Jaime Sanín Echeverri (1948)
Una mujer de 4 en conducta



Tyrrel Moore sueña con el Parque de Bolívar. Dibujo de Elizabeth Builes, grafito y tinta china sobre papel, 2016.

Este dibujo de Elizabeth Builes hace parte de la exposición Memorias de una Villa Nueva, la historia de cuando la vieja Medellín cruzó la quebrada Santa Elena y conquistó el Norte.

Visítela hasta el al 19 de Julio de 2018
Miércoles y jueves de 2 p.m. a 5 p.m. en la Casa de la Cultura y la Cooperación CONFIAR
Calle 54 # 46-83

Entrada libre con inscripción en la página web: www.confiar.coop
O contactando a la línea confiable 4441020

Un proyecto de Confiar y de Universo Centro

lenteja express

Simplemente Natural

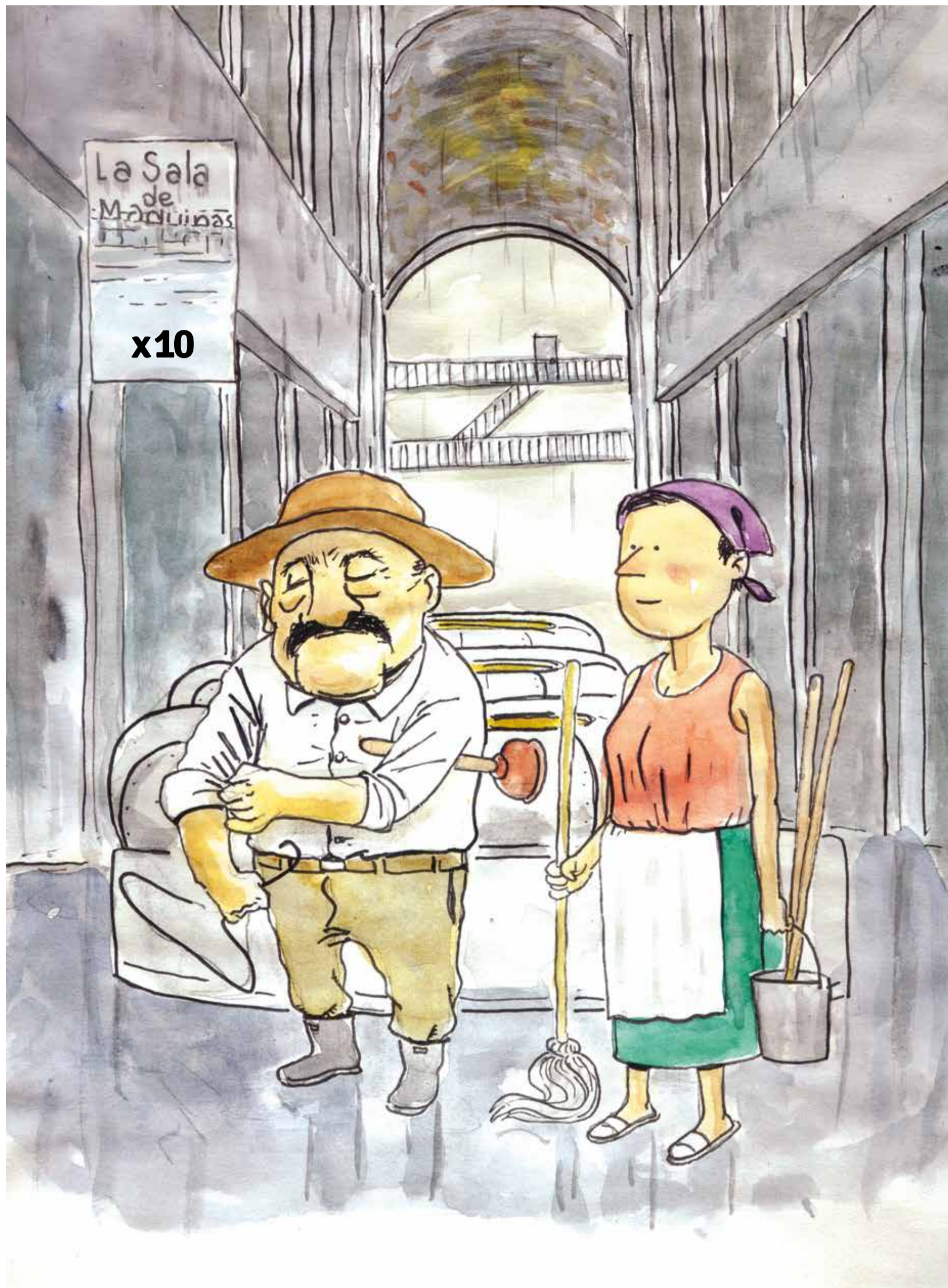
Poblado
Carrera 35 # 8A- 76
PROVENZA - Tel: 5802228

Bogotá
Calle 66 # 7-21 - Local 3
CHAPINERO - Pbx: 7044883

Laureles
Circular 74B # 39B-122
AVENIDA JARDÍN - Tel: 5825544

Universidad Nacional
Calle 59A #63-20
Al frente del BLOQUE 14 - Cel:3146141331

@lentejaexpress
www.lentejaexpress.com.co



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet



PREMIOS
nacionales de cultura
Universidad de Antioquia
2018

Convocatoria
hasta el 29 de junio

36.º Premio Nacional de Literatura,
modalidad cuento

44.º Salón Nacional de Artes,
especializado en dibujo

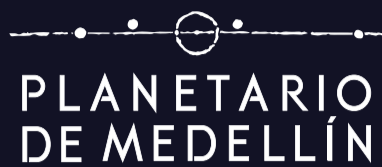
8.º Premio Nacional de
Investigación y Gestión Cultural,
modalidad estudios culturales

Premio Campus **50**, escultura monumental

Mayores informes:
www.udea.edu.co
premioscultura@udea.edu.co
[57+4] 2195169 / 2195175 / 2195177



Evento Apoyado por el Ministerio de Cultura
Programa Nacional de Concertación Cultural



Hay **algo más** ahí afuera

UNIVERSO FANTASMA

La búsqueda de la **Materia Oscura**

Nuevo show domo Planetario

Narrado por
Flora Martínez

